

Sami Naïr

El desengaño europeo

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Sami Naïr

El desengaño europeo

Traducción de
Samia Nassera Zini y Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Prefacio

Cuando se habla a la gente de Europa, de los problemas económicos que se plantean, de las decisiones tomadas por las instancias que la dirigen, el sentir en general es de contradicción e incertidumbre. La gran mayoría no es hostil a la idea de Europa, pero discierne mal el contenido. Se pregunta adónde va todo esto. Con la crisis, las cosas se tornan aún más difíciles, ya que la idea que vendían políticos y otros tecnócratas a la opinión pública era que Europa iba a ser la solución a todos los problemas. Ahora bien, en la actualidad es Europa la que parece la causa de todos los problemas y, más aún, la que impide cualquier solución.

Contestando a las cuestiones de mi amigo James Cohen, politólogo y profesor en la Sorbona Nueva, intento explicar por qué el sueño europeo se ha convertido en una pesadilla y, al mismo tiempo, por qué no hay que renunciar a este gran proyecto. El lector encontrará a lo largo de mi análisis una crítica severa, dura y sin concesiones a la ideología «biempensante» corriente cuando se trata de este tema.

Los responsables del actual desastre europeo despreciaron, durante la última década, a todos aquellos que denunciaban el camino sin salida al que habían empujado a Europa. Pudieron así silenciar muchas voces y desacreditar a otras, mientras ellos mismos aprovechaban los privilegios que les confería un «europeísmo» político y mediático a menudo de bajo nivel.

Hoy en día, los adversarios de Europa, en especial la extrema derecha, acogen la crisis europea con júbilo, cantando

victoria, incentivando el odio entre naciones y denunciando incluso la mera idea de Europa como unión de naciones.

Este libro se opone a estas dos visiones.

No quiero hacer aquí una investigación histórica sobre el pasado y el devenir de Europa; esa labor corresponde a los historiadores, y la están haciendo.

Me centro esencialmente en la experiencia europea desde la creación del euro, en el análisis de la catástrofe social provocada por la crisis de esta moneda, teniendo la convicción de que la Gran Depresión del siglo XXI en la que el mundo está inmerso desde 2008 va a durar y que la política elegida por las instituciones europeas actuales es totalmente contraproducente, económica y socialmente. Para hacer comprender este terremoto económico, para recordar los enormes daños humanos que resultan de la política de austeridad impuesta por los países más ricos de Europa, era necesario destacar, detrás de las buenas intenciones proclamadas, las verdaderas relaciones de fuerza en juego. Y, con este fin, no temer ir contracorriente para desvelar lo que se oculta en el caudal de la Europa *real*.

Al contrario que las élites dirigentes políticas y financieras, que consideran el proceso europeo demasiado complejo para ser explicado a los ciudadanos, estoy convencido de que, haciendo el esfuerzo pedagógico necesario, podemos entender lo que ocurre.

Sin ser fatalista, temo que lo peor esté aún por venir y que Europa haya entrado en un largo ciclo de crisis. Pero, asimismo, creo que hay otras políticas posibles, basta con tener una visión abierta, no rehén del pensamiento fundamentalista que impera hoy en día en muchos sectores de las élites dirigentes europeas.

Construir otra Europa en la que los pueblos y la ciudadanía estén implicados es aún posible. Este libro propone al ciu-

dadano europeo una lectura sin complacencia de las gravísimas consecuencias de la estrategia europea actual, a la par que, modestamente, unas propuestas que queremos nosotros los ciudadanos para una Europa de solidaridad humana y de progreso social.

CAPÍTULO 1

La crisis, ¿qué crisis?

James Cohen: La crisis que comenzó a golpear Europa en 2008-2009 ha sido uno de los síntomas de una crisis internacional profunda con origen en Estados Unidos. ¿Qué relación hay exactamente entre la crisis internacional y la europea? ¿Por qué se habla, asimismo, de una crisis del euro? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

Sami Naïr: ¿Por qué se da la crisis? En principio, hay que destacar que algunas respuestas a esta pregunta tienen como objetivo más bien justificar la actuación de los responsables de la crisis que explicar la crisis realmente. Hay una idea en particular que debe ser cuestionada y es la que dice que se trataría de una «crisis de la deuda». En Europa, esta idea mistificadora tomó cuerpo a partir del año 2010.

La crisis sobreviene en 2008 con la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers. Inicialmente fue analizada como una crisis de las *subprimes*.[1] Durante dos años, se argu-

1. «La expresión *subprime* se asocia con los préstamos inmobiliarios concedidos a principios de 2000 a familias americanas de escasa solvencia, en los que el importe estaba avalado por el valor del bien inmobiliario. Mientras los precios de los inmuebles siguieron incrementándose, estos préstamos permitieron obtener rendimientos altos y, en consecuencia, fueron titularizados e incorporados en numerosos instrumentos financieros para dinamizar la rentabilidad. El vuelco del mercado inmobiliario americano a principios del año 2007 y las

mentó con base en ello, tanto a nivel internacional como europeo, que se trataba de una crisis del capitalismo financiero debida a la existencia de un «capitalismo de casino», de un capitalismo especulativo que ha estado a punto de hacer estallar el sistema económico mundial a partir de la política de las *subprimes* practicada en Estados Unidos, el país más endeudado del planeta. La esencia de las *subprimes* es la desregulación del control de las actividades financieras de todo tipo, haciendo de la Bolsa de Wall Street una especie de bomba de relojería.

Esta crisis, incluso en Estados Unidos, ha sido sin duda una crisis de la *deuda privada* y de su gestión por el sistema bancario norteamericano. Lehman Brothers estalló y a partir de ese momento la crisis se generaliza desde el sistema financiero al sistema económico, después, a partir de 2009-2010, se convierte en una crisis del capitalismo occidental.

Si observamos las primeras reacciones políticas, entenderemos mejor su verdadera naturaleza y las razones del conflicto en torno a su definición. Frente a esta crisis hubo una tentativa de reacción, materializada en la reunión del G-20 en Londres en 2009, cuya pretensión era establecer, por fin, normas en la jungla de la especulación financiera internacional. Hasta ese momento, no se hablaba en sentido estricto de una crisis del capitalismo europeo. La crisis había tenido, efectivamente, consecuencias directas e inmediatas en países como Portugal, España, Grecia e Irlanda, pero no se esperaba una evolución tan rápida y de una fuerza tan devastadora.

La consecuencia principal de esta crisis ha sido haber puesto en evidencia el carácter totalmente opaco del sistema bancario internacional con el sistema bancario estadounidense a la ca-

---

primeras pérdidas asociadas a esos préstamos hipotecarios titularizados desencadenaron una crisis financiera de gran importancia conocida precisamente como «crisis de las *subprimes*»... Cf., lesechos.fr: http://www.lesechos.fr/finance-marches/vernimmen/definition_subprimes.html

beza; es decir, esta combinación implantada en los últimos 15 años entre bancos comerciales y bancos de inversión,[1] entre bancos cada vez mayores, que supuestamente no podían quebrar *(too big to fail),* de tal modo que con frecuencia no se tiene información sobre su situación exacta, ni siquiera ellos mismas, por cierto.

Por otro lado, un sistema bancario basado en la existencia de productos denominados derivados (o «podridos», o «tóxicos»), que no se corresponden con ningún valor real, sino que son transacciones fiduciarias que deben su existencia a operaciones de «titularización», es decir, a la creación de títulos bancarios emitidos mediante manipulaciones entre bancos sin que se pueda producir una liquidez monetaria equivalente.

Dicho de otro modo, los bancos se venden entre sí títulos sin ningún valor, siendo el ejemplo más común el de los prés-

1. La ley Glass-Steagall, que es como se conoce generalmente la ley Banking Act, fue adoptada de urgencia por el Congreso de Estados Unidos en 1933. Esta ley prohíbe a los bancos comerciales que sean al mismo tiempo bancos de inversión, es decir, que tengan actividades en el comercio de títulos financieros. Fue adoptada como respuesta urgente al fracaso de casi 5.000 bancos durante la Gran Depresión, con el objetivo de impedirles correr riesgos con el dinero de los depositantes. Convertida en permanente en 1945, esta ley impone a los bancos una normativa más estricta bajo el control de la Reserva Federal. Les prohíbe la venta de acciones en Bolsa *(securities)* y crea la Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC), que supone un seguro para los bancos de depósitos.

La ley Gramm-Leach-Bliley o «Financial Modernization Act» (1999), votada bajo Clinton a iniciativa de la derecha, que por entonces dominaba el Congreso americano, transforma la ley Glass-Steagall, sin cambiarla radicalmente. Abroga las restricciones sobre las asociaciones entre bancos y empresas de corretaje, es decir, que restaura la posibilidad para los bancos comerciales de tener actividades como bancos de inversión. Esta abrogación comportó la desregulación del sistema financiero desde 1999 –desregulación que originó las «subprimes» y la crisis de 2008.

tamos inmobiliarios: se concede un préstamo al ciudadano para comprar una vivienda y los bancos se venden entre ellos los préstamos a tipos de interés variable que conceden a sus clientes; préstamos a 15-20 años (llegando en España incluso a los 30 o 50 años) –préstamos que no se pagan, que dependen de las operaciones en Bolsa y que se transforman en valores en el sistema financiero internacional. Al mismo tiempo, los propios compradores revenden rápidamente sus productos, lo que alimenta la especulación y favorece progresivamente la creación de una «burbuja» especulativa, que va inflándose y termina por estallar el día en que se hace necesaria una liquidez real. En ese momento, los bancos necesitan dinero rápidamente, las compañías de seguros de préstamos no se fían, no quieren garantizar nada más, las transferencias de liquidez entre instituciones financieras se congelan, el dinero no circula ¡y todo estalla! Dicho de otro modo, nos encontramos en una economía virtual, o de jugadores de *«poker»,* es decir, una economía de casino. Es esta economía la que se ha hundido. Así pues, de 2008 a 2010, se habla de «la crisis del capitalismo internacional», del sistema financiero internacional. Pero en 2010, tras la reunión de Londres (2009), asistimos a un giro. Resulta importante para mi propósito resaltar que efectivamente se trata, a un nivel superficial del sistema, de una crisis de la deuda, pero de *la deuda privada*. La genialidad de las élites financieras internacionales, ayudadas por la mayoría de los gobiernos, es que van a *convertir esa deuda privada en deuda pública*. Ahí radica la enorme manipulación. Volveré a tratar este punto.

J. C.: Dicho de otro modo, sostienes que se trataba de una crisis de la deuda, pero que en realidad ocultaba una crisis de especulación salvaje del sistema financiero.

S. N.: Sí, y que fue convertida en una crisis de deuda pública. Pero, volvamos a las primeras reacciones de los gobiernos.

Quien primero reaccionó fue el gobierno británico de Gordon Brown, que por entonces hablaba claramente de «nacionalización» de los bancos. ¡Descubrimos un capitalismo financiero británico y un gobierno que se vuelve cuasi «socialista» en cuestión de meses! ¡Se trataba de «nacionalizar» los bancos que habían contribuido a la crisis, acción que llevaría a cabo el propio Brown en calidad de social liberal inglés! Naturalmente, no era más que un engaño, ya que tras la idea de la «nacionalización» de las instituciones que habían creado esta situación, se trataba de hacer pagar a los ciudadanos las pérdidas –estrategia conocida y bien definida por el siguiente axioma: la privatización de los beneficios para los bancos y la socialización de las pérdidas para los ciudadanos.

Por su parte, la administración de George W. Bush se mostró desorientada. Justo antes de la reunión de 2009, Bush reunió a los principales Jefes de Estado del mundo en Washington; la señora Merkel, principal invitada, asiste en calidad de «reina». Bush pide al mundo, nada más y nada menos, que le ayude a pagar las deudas del sistema financiero americano. La respuesta de Alemania –la principal potencia financiera mundial gracias al euro, junto con China– es suavemente categórica: Ni hablar de entrar en esa dinámica. Con toda razón, además, desde el punto de vista de los intereses alemanes… Por lo tanto, ni hablar de pagar las desventuras de un sistema financiero tan opaco y desregulado como el de los Estados Unidos (dicho sea de paso, recordemos que la Alemania de Helmut Kohl ya había pasado por «la caja» americana financiando la guerra del Golfo de 1991 en su totalidad).

La reunión de Londres de 2009 tiene lugar con el nuevo presidente americano, Barack Obama. Antes de ir a Londres, visita Francia y Alemania. En Francia, encuentra una respuesta favorable, ya que tras su llegada al poder, propone de entrada que hay que *regular* el capitalismo financiero norteamericano, reintroduciendo una separación entre los bancos comerciales y los bancos de inversión, y propone una

estrategia coordinada de expansión que se iniciaría en Estados Unidos y debería conllevar la recuperación de la economía occidental. Postura acertada en ese momento. Obama comprendía que hacía falta, de forma inmediata, reactivar las ideas neo-keynesianas para evitar una Gran Depresión.

Aparentemente, Nicolas Sarkozy estaba en la misma línea. También él señala que hay que relanzar la economía y, desde este mismo enfoque, hace falta –subrayaba por aquel entonces– un «nuevo Bretton Woods» con el fin de reestructurar la arquitectura del sistema económico y financiero internacional.

Ahora bien, el apoyo experimentado en Francia va a enfriarse con la reacción inmediata de la señora Merkel, a la que seguidamente Barack Obama visita, antes de dirigirse a Londres. Le dice, aproximadamente, lo siguiente, traducido del lenguaje diplomático a uno sin rodeos: No estamos aquí para hacer una política que pretenda controlar o dirigir el sistema internacional. Nosotros tenemos un euro que funciona bien, que con seguridad va a tener problemas relacionados con el excesivo endeudamiento de algunos Estados, pero esperamos que con ocasión de esta crisis, algunos países de la zona euro que viven «por encima de sus posibilidades», «saneen» su economía. Deben cambiar, en particular, los sistemas sociales demasiado costosos para su verdadero nivel de desarrollo dentro de la zona euro.

Así pues, la señora Merkel se niega a entrar en una lógica de regulación del sistema monetario económico internacional y hace saber, de paso, que no está dispuesta a socorrer a los países de la zona euro que soliciten ayuda sin hacerles pagar previamente…

Es un momento clave: *la crisis de la deuda privada, convertida en crisis de endeudamiento de los Estados, puede controlarse únicamente con la modificación de los sistemas sociales existentes,* demasiado despilfarradores según la señora Merkel, y de los mercados laborales excesivamente «rígidos»,

contractualmente demasiado ventajosos para los trabajadores. ¡Para salir de la crisis, hace falta «austeridad», nada más que austeridad y aún más austeridad! Esta imagen, casi sádica, regala los oídos del mundo empresarial y de los hombres de negocios, que ven, finalmente, la forma de disciplinar y de domesticar a fuerzas sociales europeas, tradicionalmente acostumbradas a derechos sociales conquistados con mucho esfuerzo desde hace décadas.

J. C.: Entonces ¿de qué sirvió el primer G-20 de Londres en 2009?

S. N.: En él se propusieron diversas medidas –introducir una mayor «transparencia» en el sistema financiero internacional para controlar los paraísos fiscales, imponer algunas reglas a las bolsas, en especial impuestos a las transferencias de capital, etc.– pero la mayoría quedarían en papel mojado.

Queda claro, desde ese momento, que la «solución» de la crisis no será mundial, sino, en el mejor de los casos, regional. Barack Obama regresa a Estados Unidos sabiendo que será difícil tratar con los europeos. Era la postura que mantenían por entonces, varios premios Nobel de Economía, entre ellos Joseph Stiglitz y Paul Krugman, quienes advertían que el rechazo de los europeos, sobre todo de Alemania, iba a tener consecuencias negativas para la economía europea e internacional y, a un tiempo, desastrosas para las sociedades europeas. A partir de ese momento, lo que estaba en el punto de mira era la desaparición del Estado del bienestar europeo…

J. C.: ¿Podríamos decir que para la señora Merkel –teniendo en cuenta su procedencia, la antigua Alemania del Este– el hecho mismo de concebir una regulación del sistema mundial es por definición «socialista», puesto que para ella cualquier regulación del capitalismo lo sería?

S. N.: Digamos que no es contraria a toda *intervención* en el sistema financiero, puesto que ha sido la primera en pedir que las actividades de la City fueran controladas, ya que la Bolsa de Londres –sin duda mucho más que la de Wall Street– es el principal bastión del capitalismo financiero no regulado y de la creación de productos derivados o tóxicos. Ahora bien, esta Bolsa ha contaminado de forma considerable varios bancos alemanes importantes, lo que obligó al Gobierno alemán a intervenir para mantenerlos a flote. ¡Evidentemente, esto no agradó más allá del Rin! Pero es cierto, la señora Merkel se adscribe en la tradición del *ordoliberalismo alemán,*[1] que funciona muy bien desde su punto de vista, en especial en el marco de una economía alemana en expansión, cuya balanza de pagos es excedentaria (¡veremos que, con frecuencia, este buen funcionamiento lo pagan a tocateja el resto de los países de la zona euro!).

J. C.: Así pues, en tu opinión, al principio de la crisis se perfilan dos vías, la vía keynesiana y la vía ultraliberal.

1. El ordoliberalismo es una variante del neoliberalismo, cuyo nombre proviene de la revista teórica alemana *Ordo*, fundada en 1936 por Walter Eucken, profesor de economía política anti-keynesiana en Friburgo. Esta corriente ha ejercido una influencia decisiva en la política económica de la República Federal Alemana hasta los años setenta. Noëlle Burgi escribió: «Su enfoque, que radica en un análisis del nazismo del que responsabilizaban al Estado, supuso un retorno de la doctrina liberal clásica: en lugar de concebir el mercado como regulado por *la intervención* estatal, era necesario… que de principio a fin, fuera el mercado quien regule el estado». O, citando a Michel Foucault: «un Estado bajo supervisión del mercado en lugar de un mercado vigilado por el Estado». Cf., Noëlle Burgi, introducción de *La grande régression. La Grèce et l'avenir de l'Europe*, Lormont (France), ediciones Le Bord de l'eau, 2014, pp. 31-32.

S. N.: Efectivamente, observamos desde ese momento una doble evolución: por un lado, la de los Estados Unidos, que buscan la recuperación pero que se enfrentan a problemas muy distintos a los de los europeos, ya que el sistema social norteamericano es un sistema subdesarrollado y Barack Obama se enfrenta al mismo tiempo a la crisis internacional y a la necesidad de poner en marcha una política que beneficie –desde luego, de forma muy marginal– a capas sociales que hasta ese momento estaban totalmente excluidas del sistema, en concreto los 45 millones de personas privadas de seguro médico en Estados Unidos.

Por otro lado, intenta introducir una reforma en el sistema bancario americano: por una parte, pagando por Lehman Brothers, es decir, valiéndose de los impuestos de los ciudadanos americanos para taponar las brechas del sistema financiero, bancario e inmobiliario americano; y, por otra, volviendo a introducir, mediante la Ley Dodd-Frank (2010), una separación relativa entre bancos comerciales y bancos de inversión, que no tendrá grandes consecuencias, pero que tiene el mérito de existir. Por ejemplo, esta ley prohíbe que los bancos utilicen fondos de inversión especulativos *(hedge funds)* en su propio beneficio. No defiendo a Barack Obama, pero fue el único a nivel internacional que tuvo al menos esas ideas. Fue un intento de solución «desde arriba», en el plano económico, a partir de una tímida reactivación keynesiana, o lo que es lo mismo, una política basada en el consumo que acepta el aumento del déficit con el objetivo de crear empleo, favorecer la inversión pública y donde el Estado desempeña el rol de actor del desarrollo económico.

La otra vía para salir de la crisis, por la que optó Europa, era una salida «desde abajo», es decir, una estrategia a lo Milton Friedman (1912-2006) –ultraliberal, *fundamentalista,* que hiciera pagar la totalidad de la crisis a sus víctimas, los ciudadanos de a pie. Ésta consistía en impedir el aumento de los déficits, partiendo del principio de que, en primer lugar,

hacía falta reducir el endeudamiento y poner en marcha una política de austeridad amplia y hacer de la lucha contra el gasto, la demanda y el consumo, el vector de reconstrucción del capitalismo en crisis. Es esta vía la que Alemania impondrá dentro de la zona euro.

Es Alemania la que institucionaliza esta política y la Francia de Nicolas Sarkozy se le somete, de la misma forma que lo hará François Hollande al aceptar el «Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza Europea» (TECG) en junio de 2012. El eje «Merkozy» se convirtió en eje «Merko-Hollande»; consiste en imponer a los europeos una política de austeridad drástica para salvar el liberalismo reinante.

J. C.: ¿Qué caracteriza esta política? ¿Qúe tipo de legitimación establecerá?

S. N.: Con ella, se hará olvidar a la opinión pública que se trata de una crisis del sistema financiero internacional y europeo, poniendo el acento, fundamentalmente, en el hecho de que es una «crisis de la deuda» provocada por el aumento del gasto de los Estados. *Por lo tanto, el Estado pasa a ser el culpable de la crisis*. En adelante, y estrictamente en consonancia con el ordoliberalismo, hay que someterlo al mercado. Es la idea central de la «nueva gobernanza europea», es decir, *el gobierno por el mercado*. En Francia, Jacques Attali, exconsejero del Presidente François Mitterrand, escribe por entonces un extenso libro, denunciando el endeudamiento de los Estados, trasladando la responsabilidad a las políticas públicas, y, en una palabra, abogando por una política ultraliberal para luchar contra la crisis financiera. Postura emblemática de la «evolución» de las élites social liberales.

¿Por qué razón se promueven estas ideas? Porque la crisis del sistema bancario europeo ha obligado al Estado a rescatar a los bancos. No sabemos, por cierto, aún cómo se ha realizado exactamente el rescate. Hasta ahora desconocemos la si-

tuación financiera real de los grandes bancos europeos. Se les pidió que publicaran su estado de cuentas en 2010, pero sin hacer realmente nada serio que exigiera la transparencia del sistema bancario. No sabemos de qué forma han utilizado estos bancos el dinero que se les ha concedido. Se han otorgado sumas enormes, para que se reconstituyeran, a bancos en Inglaterra como Lloyd o Citibank; o en Alemania, el Deutsche Bank, un auténtico tiburón de los activos tóxicos. En España, la financiación del Estado a bancos importantes ha sido opaca y tampoco se sabe cómo se ha empleado este dinero.

No ha habido un solo gobierno europeo que haya pretendido hacer lo que la administración de Barack Obama ha exigido en Estados Unidos: que a cambio del dinero entregado a los bancos para evitar que implosionen por falta de liquidez, aceptaran una regulación mínima de sus actividades con el objeto de, por ejemplo, luchar contra los préstamos hipotecarios en condiciones abusivas. Se les ha entregado a través del Estado dinero público sin ninguna compensación. En definitiva, son los ciudadanos quienes han salvado a los bancos de su crisis de liquidez. Y, al emplear ese dinero para rescatar a los bancos, el Estado no podía seguir financiando las políticas públicas (Seguridad Social, Educación, Vivienda, Pensiones, etc.).

De ahí que nos hayamos encontrado con una situación de «gasto excesivo» del Estado en ámbitos de política pública. Se ha llevado a cabo una transferencia de la deuda privada, provocada por los bancos, a la deuda pública de los Estados. A partir de 2010, el euro entra en crisis; y a partir de ese momento, el Banco Central Europeo, la Comisión de Bruselas y el resto de las principales instituciones europeas, ya no hablan de crisis del capitalismo, sino que desarrollan la idea de que son los ciudadanos los verdaderos responsables de la crisis al «haber vivido por encima de sus posibilidades». La señora Merkel gana por goleada.

De este modo, la crisis, según la retórica de la dominación ideológica, se transforma en la «crisis del endeudamiento» y,

para combatirlo, es necesario implementar una política de «austeridad», que castigue principalmente a las clases medias y populares europeas. ¡Hay que reconocer que como prestidigitación ideológica es brillante!

J. C.: ¿El tema de la corrupción aparece con frecuencia en este discurso, no es cierto? Por ejemplo, se pretende atribuir la principal responsabilidad de la austeridad en Grecia a la corrupción de los funcionarios griegos…

S. N.: Por supuesto, es una variante de esta lógica de culpabilización del ciudadano. A partir de ahí, llegan, en el momento oportuno, una serie de revelaciones (tal y como señalo en el capítulo 4 sobre Grecia): se conoce que el banco Goldman Sachs, que durante años había auditado las cuentas del Estado griego, había engañado con respecto a las finanzas griegas e incluso entregado cuentas falsas a la Comisión Europea. Este banco, dicho sea de paso, es en gran parte responsable de la crisis del sistema financiero internacional. Pero se «descubre» que el Estado griego ha hecho trampas, que Portugal vive por encima de sus posibilidades, etc.

Lo mismo en cuanto a España, donde encontramos una deuda privada colosal vinculada a una política inmobiliaria de los bancos escandalosa y, sin embargo, apoyada por todos los gobiernos, de derechas o de izquierdas. Ha habido una complicidad inconfesable entre la derecha y la izquierda en cuanto a que bajo ningún concepto debía tocarse el sistema bancario español. A lo que añado de paso que en España, al igual que en Estados Unidos, los dos principales partidos dominantes han utilizado el crédito inmobiliario como herramienta para disfrazar el incremento de la desigualdad de ingresos a partir del año 2000.

Paradójicamente, hasta el momento en que esta crisis de la deuda estalla, las finanzas del Estado español están, desde el punto de vista del capitalismo liberal, *totalmente saneadas:* no

hay una deuda pública elevada, la tasa de inflación es relativamente baja y, más o menos, corresponde a los criterios de Maastricht. Antes de la crisis, había incluso un ligero excedente presupuestario.[1] La deuda pública se encuentra por debajo del 60%, por lo tanto es baja. En cuestión de meses todo se hunde, ya que el Estado debe inyectar dinero de forma masiva a aquellos bancos que han llevado a la sociedad al borde del precipicio. Esta ayuda va a empobrecer de forma considerable al Estado español provocando la tragedia del paro, que pasará de menos de 2 millones en 2008 a más de 5 millones tres años más tarde.[2] A finales del año 2013, se contabilizaban cerca de 6 millones de parados en España.[3]

En realidad, la doctrina de la crisis asociada a la deuda tiene por objeto *culpabilizar a la población* para salvar al sistema bancario responsable de la quiebra de la economía europea. En cierto modo, es el discurso de los vencedores, manifestación de la dominación ideológica del liberalismo en el discurso del Estado y de las élites dirigentes. Se ha pretendido hacer aceptar la idea de que es el gasto del Estado la causa del origen de la crisis cuando, en realidad, es el capitalismo financiero el causante del gasto del Estado –y los ciudadanos no tienen la culpa de nada. Tan sólo se les pide que paguen. Las políticas de austeridad no aspiran únicamente a sanear el sistema económico, sino que se integran en una estrategia de dominación, a nivel europeo, para cambiar el modelo social.

1. «In graphics: Eurozone crisis», bbc.com Business News, 24 de abril de 2013. Ver: http://www.bbc.com/news/business-13366011

2. «España roza los seis millones de parados y cierra 2012 con una tasa del 26,06%», tve.es, 24 de enero de 2013. Ver en: http://www.rtve.es/noticias/20130124/espana-roza-seis-millones-parados-cierra-2012-tasa-del-2602/604646.html

3. *El Mundo*, 23 de enero de 2014.

J. C.: Si entiendo bien, en esta crisis europea no están solamente en juego las características sistémicas «objetivas» del capitalismo, sino también la manera de interpretar la crisis, la forma en la que se manipula su interpretación. De ahí que sea crucial poner de relieve la dimensión ideológica de la crisis.

S. N.: Efectivamente, la dimensión ideológica en esta crisis es tan importante como la dimensión económica y política. ¿Por qué? Porque en el discurso sobre la crisis en Europa que acabamos de examinar, hay una complicidad enorme entre la derecha y la izquierda. Esta última no hace su labor de crítica, de deconstrucción del sistema explicativo de la crisis. No tiene un proyecto alternativo y, precisamente por este motivo, acepta la explicación de la crisis tal y como es expuesta por la derecha, es decir, por los mejores defensores del sistema financiero nacional e internacional. Aunque la izquierda no haga suya en su totalidad la idea de la culpabilidad de los ciudadanos –en este aspecto se desmarca de la derecha–, resulta que al aplicar la política de austeridad –¡recordemos a José Luis Rodríguez Zapatero!– acepta, finalmente, que son los ciudadanos quienes deben pagar la crisis.

Ahora bien, creo que hay en esto un indicador extremadamente significativo del estado de la izquierda a escala europea. Ésta no ha puesto suficientemente en evidencia que la política de austeridad ha sido justificada mediante una ideología de dominación cuya finalidad no es el saneamiento del sistema económico, sino la transformación de este sistema, desde una perspectiva aún *más* liberal que la conocida hasta 2008.

J. C.: Normalmente, se suele diferenciar entre crisis coyuntural y crisis estructural. ¿Cómo se aplica esta distinción a la situación actual?

S. N.: Creo que se plantea de una forma diferente, dependiendo de si se realiza a nivel internacional o europeo, e igualmente, de

forma distinta si se realiza, a nivel europeo, desde la perspectiva de los países más ricos o la de los menos ricos (los del sur de Europa, conocidos peyorativamente por los liberales como los «PIGS»[1], «los cerdos»), o los países del norte (Francia, Alemania, etc.).

En el plano internacional, se trata de una crisis estructural, en absoluto coyuntural, articulada en torno a diversos problemas importantes: a escala mundial, es una crisis asociada a la anarquía del sistema monetario internacional y al *dominio* de lo que los propios estadounidenses han denominado el «privilegio» del dólar norteamericano, es decir, la existencia de una moneda mundial que es la única cuyo valor no se define en función de la riqueza del país, sino de su capacidad de *fluctuación* en el sistema de cambio mundial. Es el regalo envenenado que nos hicieron los Estados Unidos en la época de Nixon, a principios de los años setenta. Este «regalo» les asegura una posición imperial privilegiada que justifica su recurso al «*soft power*», es decir, que pueden dominar el mundo sin necesidad de recurrir siempre a los cañones, ya que es el único país *del mundo que puede endeudarse ilimitadamente*. En cuanto tienen un problema grave, fabrican dólares y bajan los tipos de interés hasta prácticamente cero. Y no se ha visto jamás al FMI, en el que desempeñan un rol central, reclamarles nada.

Este sistema, basado en un dólar privilegiado, está en crisis, ya que frente a él ha surgido otra moneda que pone en práctica la misma política pero en condiciones diferentes, el yuan chino. Así pues, en el sistema monetario internacional nos encontramos, por un lado, con un dólar a la baja y, por otro, con un yuan aún más bajo, cuyo privilegio no es ser una moneda mundial, sino pertenecer a un país-continente

1. «PIGS» = Portugal, Irlanda, Grecia, España («Spain» en inglés). El grupo a veces incluye a Italia y también se llama los «GIPSI» («los gitanos»).

inmenso, China. En este país los salarios son muy bajos, lo que asegura ventajas comparativas extraordinarias en el sistema de cambio internacional. Por tanto, estamos atrapados entre dos monedas mundiales y una política monetaria europea, basada, por el contrario, en un euro muy caro, cuya intención radica principalmente en favorecer el desarrollo de aquellos que pueden sacar provecho *dentro* de la zona euro.

El dólar es una moneda mundial, no así el euro. Las transacciones a escala internacional apenas se hacen en euros, ya que resulta demasiado caro. Se hacen en dólares, cada vez más en yuanes. Somos prisioneros de estas consecuencias de la crisis estructural, y no coyuntural, ya que mientras no se ponga orden en el sistema financiero internacional no saldremos de la crisis.

En las dos últimas reuniones del G-20, se ha hablado de todo excepto de la necesidad de poner orden en el sistema monetario internacional. Está claro que será imposible mientras exista complicidad entre Estados Unidos, China y Alemania –es decir, el Banco Central Europeo y la señora Merkel– para no tocar un sistema que les beneficia a todos. El sistema mundial beneficia a los americanos y a los chinos, el sistema europeo beneficia a los alemanes, y hacemos como si nada ocurriera. Ése es el principal problema.

La segunda razón del carácter estructural a escala mundial de la crisis es la nueva situación en el sistema capitalista internacional con respecto a siglos anteriores, que da lugar a potencias emergentes como China, la India, Brasil o Sudáfrica y, probablemente, otras potencias en el futuro. No estoy seguro de si México o Nigeria podrán desempeñar ese papel, pero, en cualquier caso, disponen de los medios demográficos para ello. También se espera a Indonesia. Estas potencias industriales emergentes poseen una ventaja comparativa que desestabiliza el sistema de competencia internacional: su mano de obra barata.

En resumidas cuentas, podríamos señalar como las principales características de la crisis: 1) La anarquía financiera asociada al sistema monetario internacional; 2) la aparición de potencias emergentes, con la ventaja comparativa que constituye una mano de obra barata y una capacidad industrial extremadamente importante, y, probablemente, –aunque es una hipótesis–; 3) el futuro debilitamiento de Europa, ya que no creo posible que el euro, tal y como lo conocemos hoy día, pueda seguir así. Tendrá que cambiar o desaparecer.

He aquí los elementos novedosos de la crisis. Podemos por tanto hablar de una crisis estructural focalizada en la desregulación del sistema económico y financiero internacional. Todas las reglas que existían saltaron por los aires durante la década de 1990-2000, de tal forma que en la actualidad nos enfrentamos a un sistema autónomo que impone a los Estados –cuando éstos no son sus aliados– la destrucción de las políticas sociales.

Esta crisis estructural a nivel internacional va a tener sin duda variaciones: la coyuntura mejorará de forma ocasional, la economía se reactivará… pero el sistema continuará estructuralmente en crisis durante mucho tiempo. Nos encontramos en un período de transición largo.

Es importante fijar con precisión la relación entre Estados Unidos y Europa. La estrategia actual del capitalismo americano pretende imponer a Europa, naturalmente con la complicidad de los bancos europeos, un partenariado transatlántico entre Estados Unidos y la economía europea. Esto acarreará graves consecuencias en los próximos años, puesto que obligará a los países europeos a modificar por completo su legislación. (Volveré a ello de forma detallada en el capítulo 10.)

La crisis de la que hablamos también es estructural en el interior de la zona euro. Pero es preciso diferenciar la zona euro sometida a la política del euro fuerte del Banco Central

Europeo y el Bundesbank alemán, del resto de Europa, ya que existe un mercado interior europeo que sobrepasa ampliamente la zona euro. La relación entre la zona euro y la Europa ampliada es muy incoherente y contradictoria, lo cual agrava aún más la crisis. Por ejemplo, los países del Este que aún no pertenecen a la zona euro pero aspiran a ello, se encuentran de hecho en sistemas monetarios a dos bandas, con una moneda legal débil (la suya) y una moneda aceptada fuerte (el euro), que condiciona cada vez más las transacciones y el tráfico comercial. Situación que, del mismo modo, encontramos en los países mediterráneos, al sur de Europa…

J. C.: Luego, la crisis estructural de la economía internacional, de algún modo, ha puesto al descubierto una crisis estructural en el interior de la zona euro. ¿Cómo podemos definir las características específicas de esta crisis de la zona euro?

S. N.: Podemos hacerlo con bastante facilidad. Por supuesto, la crisis del euro no está asociada, en primera instancia, al endeudamiento sino al euro en sí. Tenemos que remontarnos al Tratado de Maastricht firmado en 1992 por el cual se impuso al conjunto de los países europeos la moneda única. Recordemos que este tratado fue aprobado en Francia en el referéndum de 1992 por mayoría simple: 51,04%, lo que significa que casi un 49% de los votantes rechazaron el tratado. Esto prueba que la opinión pública es bastante más consciente de lo que las élites nos quieren hacer creer. Por cierto, lo demostró en el año 2005 al votar de forma masiva contra la Constitución europea, rechazada por un 54,3%.

Para adherirse a la moneda única, los países debían suscribirse a los siguientes criterios impuestos por el Tratado de Maastricht: 1) La tasa de inflación no debía superar el 1,5%;

2) el déficit presupuestario no debía superar el 3%, y 3) la deuda pública no debía superar el 60% del PIB.[1]

J. C.: Si añadimos a estas obligaciones las que derivan de la moneda única, podemos entrever de qué forma se han iniciado los problemas en el seno de la zona euro.

S. N.: Con este tratado, la Comisión Europea se dota de un poder enorme que consiste en la capacidad de *obligar* a los Estados a cumplir estos criterios. Aquellos que no los cumplen, o son excluidos de la moneda única o sometidos a políticas que los encarrilan hacia los tres criterios, y con frecuencia se les imponen multas.

El Tratado de Maastricht pretende regular –recalcándolo– el principio impuesto por el Tratado de Roma, es decir: una economía sometida a la libre competencia, lo que implica que los Estados no tienen derecho a respaldar a sus empresas nacionales frente a otras, sean europeas o no. De ahí que se

1. Oficialmente, conlleva: 1. La estabilidad de los precios: la tasa de inflación de un Estado miembro determinado no debe superar en más de 1,5 puntos el de los tres Estados miembros que presenten los mejores resultados en materia de estabilidad de precios. 2. Situación de las finanzas públicas: a. Prohibición de un déficit público anual superior al 3% del PIB. b. Prohibición de una deuda pública superior al 60% del PIB. 3. Tipos de cambio: se prohíbe la devaluación de la moneda; quedó obsoleto con el paso al euro para los países pertenecientes a la zona euro. Además, el Estado miembro debe haber participado en el sistema de tipos de cambio del sistema monetario europeo (SME) de forma continua durante los dos años anteriores a su examen, sin sufrir graves tensiones. 4. Tipos de interés a largo plazo: no deben superar en más de un 2% el de los tres Estados miembros que presenten los mejores resultados en materia de estabilidad de precios. Fuente: Institut national de la statistique et des études économiques (INSEE), Francia, «Critères de convergence (traité de Maastricht)». Ver en: http://www.insee.fr/fr/methodes/default.asp?page=definitions/criteres-convergence-maastr.htm

abriera el mercado europeo a las multinacionales mundiales. Hasta 1992 existía un tipo de cambio *exterior* que permitía a la Unión Europea practicar una política aduanera con las grandes multinacionales. Al quitar ese arancel, el Tratado de Maastricht permitió a las multinacionales comerciar en Europa con la seguridad de que no tendrían que someterse a la intervención de los Estados nacionales. Debo añadir que, hoy en día, se ha ido aún más lejos, puesto que con el Tratado Transatlántico se podrán establecer tribunales favorables a las multinacionales que juzgarán y condenarán a los Estados que traten de oponerse a sus actividades.

Lo he remarcado con anterioridad, la lógica histórica del liberalismo mundial se ha impuesto de forma imparable en Europa desde 1986: en primer lugar con el Acta Única (1987), después con el Tratado de Maastricht (1992), a continuación con el Tratado de Luxemburgo (1997), seguido de la Constitución (rechazada mediante referéndum pero aprobada por los parlamentos bajo la forma del Tratado de Lisboa (2010), el TECG (2012) y, finalmente, hoy día, con el Tratado Transatlántico, en vías de negociación, que someterá de forma definitiva la economía europea a las normas americanas. Así, la red ultraliberal aprisiona con cada etapa un poco más el cuerpo de una Europa dominada.

Traducción del francés: Samia Nassera Zini y Noemí Sobregués Arias

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: mayo 2014

© Sami Naïr, 2014
© Noemí Sobregués, por la traducción de los capítulos 8, 9 y 11
© del resto de las traducciones: Samia Nassera Zini, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 7770-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-38-5
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5948-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)